

## IN MEMORIAM

---

### Dr. D. Juan José Luna Fernández\*

Dr. D. Emilio de Diego García

Académico de Número de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 62.

En su toma de posesión, celebrada el día 19-11-1992, pronunció el discurso de ingreso:  
*Carlos IV, mecenas de pintores y coleccionistas de pinturas.*

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=62>

---

\*Palabras pronunciadas por el Dr. D. Emilio de Diego García en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Juan José Luna Fernández celebrada el 24-02-2021

## DR. D. JUAN JOSÉ LUNA FERNÁNDEZ

---

Me corresponde hoy hacer la necrológica del Dr. Juan José Luna Fernández en el breve tiempo de veinte minutos. Toda necrológica viene a ser un testimonio laudatorio en recuerdo a la persona a la que se dedica. Habré de llevar a cabo esta labor, de forma resumida, pues la sola relación de sus muchos méritos académicos excedería del tiempo disponible. Nació en Madrid en 1946 y falleció en la misma ciudad el 29 de marzo de 2020. Las excepcionales circunstancias derivadas de la pandemia que nos azota nos han obligado a retrasar demasiado este acto.

La formación académica del Dr. Luna transcurrió en las aulas de la Universidad Complutense de Madrid, en la cual se licenció en 1969 y se doctoró diez años después. El título de su tesis doctoral *La pintura francesa en los siglos XVII y XVIII en España*, indicaba ya lo que iba a ser su andadura profesional y su vocación desde el primer momento. Fue becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de las Fundaciones Juan March y Lázaro Galdiano, entre otras. Así como del Ministerio Nacional de Educación de Francia y diversos centros de Gran Bretaña, Polonia, Noruega, Suecia, Israel, etc. Comenzó su tarea docente como catedrático de Geografía e Historia en Enseñanzas Medias, desde 1974. Durante los años siguientes ocupó diversos cargos directivos.

Desempeñó tareas de cooperación en el Museo del Prado desde 1969; en calidad, primero de investigador y luego de conferenciante. En 1980 ganó la oposición a conservador de Museo y, a partir de ahí, llegaría a ser jefe del Departamento de Pintura Francesa, Inglesa y Alemana, entre 1986 y 2002. Desde 2003 y hasta su jubilación fue encargado de las pinturas del siglo XVIII en la misma pinacoteca. Sería, además de investigador notable, un docente vocacional. Con posterioridad a su trabajo en enseñanza secundaria, impartió clases como profesor asociado en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense y en otros centros universitarios a título de colaborador. Dirigió varias tesis doctorales.

Formó parte del Patronato del Museo Español de Arte Contemporáneo y de la Junta Superior de Museos de España. Fue patrono del Centro Nacional del Vidrio y de la Real Fábrica del Vidrio y Cristal de la Granja. Colaboró en muchas publicaciones periódicas de carácter científico, tanto de ámbito nacional e internacional y escribió varios centenares de artículos de investigación, así como diferentes estudios en catálogos de exposiciones españolas y extranjeras.

Entre sus obras destacaríamos el libro dedicado al pintor *Miche-Ange Houasse. Pintor de la Corte de Felipe V* (1981); a *Luis Meléndez, bodegonista español del siglo XVIII* (1982); a *Claudio de Lorena y el ideal clásico de paisaje en el siglo XVII* (1984); *Guía actualizada del Museo del Prado* (1984), que es un libro de referencia constante; publicó también *Los tesoros del Museo de Bellas Artes de Bilbao* (1989); *Miguel Arocha. Homenaje a Velázquez* (1990);

*Francisco Llorens y su tiempo* (1988); *Luis Paret y Alcázar. Pintura y Escultura en el Palacio Real de Madrid en 1811* (1993), ... dentro de una amplísima serie de publicaciones.

La labor del Dr. Luna se centró fundamentalmente en la investigación, descubriendo o redescubriendo algunos pintores que habían caído en el olvido y poniendo en valor su obra en la verdadera dimensión de su belleza, tanto desde el punto de vista estético, como de su aportación en el contexto en el que se produjeron. Cumplía así con una de sus convicciones, expresada reiteradamente, según la cual “no se puede estudiar el Arte de forma adecuada sin el conocimiento de la Historia”.

Fue coordinador y responsable principal de numerosas exposiciones en España y en el extranjero, tanto de pintura española como de pintura francesa. Promovió la publicación de una serie de artículos de alta divulgación, en los cuales se hace un repaso de los principales museos de Europa y América, con una claridad y capacidad de síntesis, que contribuyeron, sin duda, a despertar el interés de los lectores por los mayores tesoros artísticos.

Su tarea como comisario de grandes exposiciones ha sido extraordinariamente importante. A modo de ejemplo señalaríamos las dedicadas a *La pintura holandesa del Siglo de Oro. La Escuela de Uthecht* (Madrid, Bilbao, Barcelona, 1992); *La alianza de dos monarquías: Wellington en España* (1998); *La pintura británica de Hogarth a Turner en el museo del Prado*; *La pintura holandesa de la Escuela de Oro de Frans Hals y la Escuela de Haarlem* (1994); *La pintura victoriana de Turner a Whistler* y, sobre todo, la magnífica muestra sobre la figura y la obra de Goya en el 250 aniversario del nacimiento del genio de Fuendetodos; y otras más de gran impacto en medios culturales.

Entre sus numerosos méritos destacaríamos el haber sido presidente de la Alianza Francesa, en Madrid; vocal de la Junta Directiva de la fundación Hispano-Británica; miembro de la Sociedad de Historia del Arte francesa y del Centro de Estudios del Siglo XVIII, miembro del Consejo de Redacción de la *Gaceta Francesa de las Bellas Artes*, socio de honor del Instituto Francés, en Madrid; socio fundador de la Fundación de Amigos del Museo del Prado, ... etc. Estaba en posesión de varias condecoraciones, españolas y extranjeras, como la Orden de Isabel la Católica, la de la Estrella Polar, la Orden del Sol Naciente, la Legión de Honor, ... etc. Era un hombre reconocido en su profesión dentro y fuera de España, tanto en los círculos museísticos como en aquellos otros sociales, vinculados a la promoción de los museos y de las exposiciones, de los principales artistas españoles.

Su paso por la Real Academia de Doctores de España fue enormemente dilatado. Ingresó en ella el 19 de noviembre de 1992 con un discurso titulado *Carlos IV mecenas de pintores y coleccionista de pinturas*, al que contestó don Manuel Fraga Iribarne. Así pues detentó la medalla nº 62 de la Sección de Humanidades durante casi tres décadas. En este tiempo desempeñó brillantemente cuantas tareas le fueron encomendadas. En los doce años que

hemos coincidido con él en esta sección, debo significar que tanto con la Dra. Ruiz Trapero, con el Dr. Buqueras, como conmigo mismo participó en cuantas iniciativas se produjeron para mayor prestigio de la RADE. Recuerdo con especial interés algunas aportaciones suyas, como “Otra interpretación de la luz desde la teología y la estética” y “Zurbarán, mitos y realidades”.

El doctor Luna era un hombre de formas exquisitas, erudito, defensor de la meritocracia y de la excelencia en el trabajo, enamorado en su quehacer y entregado a él en cuerpo y alma. Su contribución quizás más importante está relacionada con la figura de Carlos IV, un monarca poco bien tratado por los historiadores españoles, en general, a partir de la historiografía liberal y otro tanto cabría decir del poco afecto que le dispensaron pintores, literatos, ...

Carlos IV era un excepcional amante del arte. En primer lugar de la pintura y un gran coleccionista de la misma. Su colección llegó a ser enorme y una parte de ella se conserva hoy en el Museo del Prado, en muchísimas salas de museos de toda Europa y, como no, en diversas colecciones privadas. Carlos IV fue no sólo un enamorado de la pintura, sino de las manifestaciones artísticas en general; la escultura, las artes decorativas, ... etc. Tenía agentes encargados por todo el mundo de localizar y adquirir las obras más destacadas. Particular atención prestó a la obra de Houasse y a un pintor como La Tour, que, tras gozar de notable prestigio en el siglo XVII, había quedado en el olvido. Ambos pintores franceses deben mucho en su consideración actual al interés de Carlos IV, pero también a los trabajos de investigación del Dr. Luna. El monarca era además un gran aficionado a la música, algo que últimamente están poniendo de moda diversas investigaciones en las Universidades Autónoma de Madrid, Zaragoza, ... y otros importantes centros de musicología. Entre las decenas de músicos que pasaron por la Corte madrileña en aquella época o por la Real Capilla o por la Real Cámara, o en el Colegio de Niños Cantores, bien fueran compositores o instrumentistas del siglo XVIII, destaca, por encima de todos, Gaetano Bruneti. También Manuel Espinosa y, Francisco Bruneti, ocuparían lugar preeminente, sin olvidar al portugués Joao Pedro de Almeida, Francisco Federicci, y como no, un músico español tan notable como José Lirón. Todos ellos pudieron desarrollar sus capacidades bajo la protección y el amparo de Carlos IV, que ya había manifestado desde sus años como príncipe una notable preocupación por la música. Inclinação que mantuvo a lo largo de toda su vida. Durante su reinado se introdujeron importantes cambios en lo que pudiéramos llamar las estructuras musicales de la Corte.

Como anécdota citaríamos la afición del monarca al mundo de la relojería, llegando a reunir un número extraordinario de ejemplares y a instalar un taller de relojería en la Corte. Estas facetas poco conocidas ayudan a los estudiosos de la época a percibir una imagen de aquel rey más próxima a la realidad.

Los pocos minutos que restan a este acto, los dedicaré a otros aspectos, esenciales en toda necrológica, que es, o puede ser, casi siempre, un motivo de evocación de la persona fallecida;

desde la nostalgia, desde el dolor o desde la esperanza. La poesía española está llena de ejemplos magníficos de esta evocación referida al dolor; podríamos traer aquella estrofa de Miguel Hernández, por ejemplo la *Elegía a Ramón Sijé*, que decía “tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento”. Pero no sólo en el dolor, también evocamos a los que ya se han ido en la confianza desde la fe. Recordemos a este respecto la *Carta a los Romanos* (14.8) en la que San Pablo decía “en la vida y en la muerte somos del Señor”. Esa mención a la conexión entre vida y muerte, que la fe permite continuar, es otro de los elementos referenciales, útiles, para dar verdadero sentido a una necrológica.

Y, como no, una necrológica es un intento de buscar prolongar la vida del sujeto al que va dedicada. Así nos vendría bien recordar las palabras de Horacio, *non omnia moriar*; no moriré completamente, no moriré del todo mientras esté en la memoria de los demás. Pero también la necrológica es una forma de mantenernos unidos al fallecido y su memoria. Y, otra vez, los versos de Miguel Hernández nos sirven para expresar ese sentimiento: “a las aladas almas de las rosas, del almendro de nata, te requiero, que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero”; como le decía el poeta de Orihuela a su amigo y paisano.

Por último, la necrológica ofrece la oportunidad de reflexionar acerca del sentido de la vida y de la muerte, también evocadas en la poesía en múltiples ocasiones, desde las tradicionales *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, “recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte, contemplando cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte, tan callando”. Otra evocación similar, algo más fresca, la de Gil de Biedma cuando escribía, “Habitaba un país, delimitado por la cercana costa de la muerte y el jardín de la infancia que ella nunca olvidó”, la vida como un tiempo referenciado necesariamente hacia su trascendencia y en ese aspecto uno de los poemas más impresionantes, más significativos y más atractivos de toda la lengua española *El Cristo de Velázquez*, de don Miguel de Unamuno, en el que se refleja el permanente combate entre la vida y la muerte a través de la figura de Cristo. En él podemos encontrar emociones impactantes como por ejemplo, cuando el autor se pregunta: “En qué piensas tú, muerto, Cristo mío”. Ahí nos abre la puerta a toda la angustia, a toda la esperanza, a toda la fe en ese diálogo de enorme profundidad, en su trascendencia que ocupaba y preocupaba a don Miguel.

Muchos de los versos que componen este poema llaman hoy especialmente la atención. “La negra noche vela el hombre que dio toda su sangre porque las gentes sepan que son hombres”. Que sepan que son hombres. Estos que hoy nos encontramos en la frontera de una nueva realidad histórica, ante el desafío de una vida digna de ser hombres, enfrentados a unos cambios que pueden modificar aspectos sustanciales de lo que hasta ahora se consideraba la condición humana.

Como amigos y compañeros, en vuestro nombre, concluiré con el deseo que todos sentimos: descanse en paz el Dr. Juan José Luna Fernández.